

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 10:
ARTÍCULO 9 – LA IGLESIA UNIVERSAL DE CRISTO



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
- 10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo**
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
13. Artículo 12 — La vida eterna

10 LECCIÓN

ARTÍCULO 9: LA IGLESIA UNIVERSAL DE CRISTO

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 10:

Estimado oyente, hemos llegado ahora al artículo 9 del Credo de los Apóstoles. En este artículo el cristiano confiesa: «Creo en una santa iglesia católica, la comunión de los santos». Es digno de notar que esta confesión acerca de la iglesia sigue después de la confesión: «Creo en el Espíritu Santo». No carece de significado que se mencione al Espíritu Santo en conexión con la iglesia. La existencia de la iglesia es el resultado de la obra del Espíritu Santo en los corazones de los hombres. Él reúne una iglesia de todas las generaciones, lenguas y naciones. Él se encarga de que el sufrimiento y la muerte de Jesús den fruto, haciendo a los pecadores partícipes de la salvación que Cristo ganó.

Notamos que el cristiano no dice: «Creo en la iglesia», sino que cree que hay una iglesia. Él cree en Dios y en Cristo. No cree en la iglesia. El cristiano no basa su fe en la iglesia, como si la iglesia pudiera salvarnos. Tal es la enseñanza de la iglesia Católica Romana: que la iglesia asegurará tu salvación mientras cumplas con sus mandatos. El cristiano cree en la existencia de una iglesia. Él o ella cree específicamente en la existencia de una sola iglesia: una iglesia santa, católica (universal), cristiana.

En este mundo hay una iglesia. La iglesia existe en medio de un mundo enajenado de Dios, y consiste en un pueblo que teme a Dios, cree en Cristo y espera la salvación eterna. La palabra «iglesia» no es una descripción tan adecuada de lo que es la iglesia. La palabra «iglesia» evoca demasiado el edificio, la organización o la denominación. Por lo tanto, la palabra «congregación»

es más bíblica que la palabra «iglesia». La iglesia no está hecha de madera y piedra, sino que consiste en personas vivas. Es la reunión de todos los verdaderos creyentes. A todos los creyentes en el mundo se les identifica como la iglesia. Jesús promete en Mateo 16:18: «Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella».

La palabra «iglesia» no señala a un edificio enorme ni a un gran número de personas. Señala a la congregación de los creyentes. También puede describir una pequeña iglesia en una casa, como, por ejemplo, en Romanos 16:5: «Saludad también a la iglesia de su casa». La palabra «congregación» es la que se usa siempre en el libro de los Hechos y en las cartas de los apóstoles. Es la traducción de la palabra griega «ἐκκλησία (ekklēsia)», que significa «una reunión del pueblo». En las ciudades griegas, un heraldo convocaba a los ciudadanos a reunirse para una discusión pública. A esta asamblea se le llama una congregación. La iglesia cristiana, o mejor dicho, la iglesia de Cristo, es una asamblea de personas llamadas por Dios a estar en comunión. Son los ciudadanos del reino de Dios, quienes han sido llamados de entre los habitantes del mundo.

No pertenecemos naturalmente a la iglesia de Cristo, sino a la generación caída de Adán. La Biblia, por lo tanto, habla de la iglesia como «los llamados»: la ἐκκλησία (ekklēsia). Dios los ha llamado «de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pedro 2:9). Aunque hay diversas iglesias con diferentes nombres y puntos de vista, en realidad hay una sola iglesia. Es una sola familia: sus miembros son todos hermanos y hermanas, «de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra» (Efesios 3:15). El apóstol escribe respecto de la identidad de los creyentes, en Efesios 4:5–6: «un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos». Ellos constituyen la hermandad de la iglesia de Cristo.

La iglesia es una congregación de personas que peregrinan hacia su salvación eterna. «Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos»—esto es lo que leemos en Hechos 2:47. Después de todo, como los patriarcas, son «extranjeros y peregrinos sobre la tierra», buscando «la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hebreos 11:10, 13).

El Credo de los Apóstoles habla de una iglesia cristiana «santa» y «católica» (universal). Estos adjetivos describen el carácter de la iglesia. La iglesia cristiana es santa. La palabra «santo» en la Biblia tiene el sentido de ser apartado y consagrado al servicio del Señor. El Sabbat, los primogénitos, el pueblo de Israel, el monte Sion, el templo y todos los utensilios del templo son designados como santos, es decir, apartados para el servicio del Señor. Le pertenecen al Señor, han sido escogidos para su servicio y, por lo tanto, son santos.

En el Nuevo Testamento, a los creyentes se les llama «santos». Por lo tanto, en su carta a los cristianos en Corinto, Pablo escribe: «A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro» (1 Corintios 1:2). El apóstol se dirige a los cristianos como a quienes son «llamados a ser santos». Han sido llamados por Dios de en medio de las masas del mundo, para ser propiedad particular de Dios. Son, según las palabras de Pedro, «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios» (1 Pedro 2:9). Pedro los llama santos en Cristo Jesús. No son santos en sí mismos, sino que son santificados en Cristo Jesús. Son hechos santos por la renovación interior del Espíritu Santo y el lavamiento de los pecados por la sangre de Cristo.

La palabra «santa» define para nosotros la naturaleza de la iglesia. La iglesia consiste en personas llamadas por Dios, sacadas de un mundo pecador que ha rechazado a Dios. Sus

pecados han sido lavados por la sangre de Jesús, y el Espíritu Santo ha renovado su naturaleza. La iglesia es, por lo tanto, una iglesia cristiana santa: un pueblo apartado por Dios.

La iglesia cristiana es «católica» o «universal». Significa que ya no está limitada a los descendientes de Abraham, porque se compone de hombres de todo pueblo, raza y lengua: «Porque no hay diferencia entre judío y griego» (Romanos 10:12). En Cristo, ha desaparecido la pared de separación entre judío y gentil, entre esclavos y libres, así como entre varón y mujer. «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3:28). En la iglesia no hay racismo. Se han cumplido las antiguas palabras de Génesis 22:18: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra». La iglesia se ha vuelto de alcance mundial. La iglesia de Cristo es universal y, por tanto, no está limitada a ninguna nacionalidad, raza o color de piel en particular. Como el gran Pastor de las ovejas, Cristo reúne su congregación de todas las naciones. Al concluirse la historia de este mundo, habrá una iglesia de todos los pueblos, lenguas y naciones: «Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero» (Apocalipsis 7:9).

Finalmente, la iglesia es «cristiana». La iglesia es la iglesia de Cristo. Él compró su iglesia, no con plata o con oro, sino con su propia sangre: «Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1 Pedro 1:18–19). Estos creyentes habían sido antes cautivos y esclavos del diablo, pero Jesús los redimió: pagó el rescate por ellos. Son la recompensa de su trabajo. Jesús es la cabeza de la iglesia: «Y Él es la cabeza del cuerpo» (Colosenses 1:18).

Los primeros cristianos confesaban: «Jesús es κύριος (kýrios)», esto es, Él es Señor. Era el título más alto que se podía atribuir a una persona en la cultura del antiguo Oriente. Para los cristianos, Jesús era el Señor indiscutible de todas las cosas, y particularmente de la iglesia. Era un privilegio inefable pertenecer a Él. Nadie puede asumir esa posición sin deshonorar a Cristo. El papa de la iglesia Católica Romana se apropia el título de que él es la cabeza de la iglesia de Cristo en la tierra. Se ha dicho que, al hacerlo, decapitó a la iglesia. Sin embargo, confesamos que, así como el varón es cabeza de la mujer, Jesús es la cabeza de la iglesia (1 Corintios 11:3). La iglesia es la iglesia de Cristo. Ningún papa, ningún rey o gobernante terrenal puede decir: «Yo también soy rey de la iglesia». En la iglesia, Cristo es Rey y Señor. Él gobierna allí, y nadie más. Jesús ha dicho: «Uno es vuestro Maestro, el Cristo; y todos vosotros sois hermanos» (Mateo 23:8).

La iglesia tiene una tarea en el mundo. La iglesia ha sido comisionada por Dios a proclamar el Evangelio a todos los pueblos y naciones, y a instruir y nutrir a sus miembros por medio de la Palabra. ¿Cómo puede cumplir esa tarea en un mundo donde las naciones están a menudo gobernadas por gobiernos que no reconocen a Cristo como Rey de la iglesia? ¡Cuán a menudo esto resulta en conflicto, opresión y persecución! Pero en medio de toda esta oposición, la iglesia es el instrumento de Dios para esparcir el evangelio de Cristo en un mundo perdido.

En la Biblia, la iglesia es llamada «el cuerpo de Cristo», así como «el templo del Espíritu Santo», en el cual Dios mora. En conexión con el pecado de fornicación, el apóstol pregunta a los cristianos de Corinto: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?» (1 Corintios 6:15). Y en el versículo 19 dice: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros?». Estos nombres nos enseñan que la iglesia es mucho más que

un edificio u organización. La iglesia es una asamblea de personas que son el cuerpo de Cristo, y en cuyos corazones mora el Espíritu Santo. Estos son asuntos espirituales que nos son invisibles. No podemos decir que el Espíritu Santo mora en este hombre o mujer y no en aquel hombre o aquella mujer. Vemos lo que es visible, pero solo Dios ve lo que vive en el corazón.

Sin embargo, la obra invisible de la gracia de Dios no permanece oculta. En la manera de vivir de una persona se hará visible quién es miembro del cuerpo espiritual de Jesús y en cuyo corazón mora el Espíritu Santo. Jesús enseñó: «Por sus frutos los conoceréis» (Mateo 7:16). La obra invisible del Espíritu Santo se vuelve visible en el mundo cuando los creyentes forman una congregación: esto es, cuando se reúnen para orar, cantar, oír la Palabra de Dios y socorrer a los pobres. Así, dondequiera que el ministerio de los apóstoles fue bendecido, se instituyeron congregaciones, se designaron oficiales eclesiásticos, y se estableció un lugar de adoración.

En las epístolas apostólicas leemos de pastores y maestros, ancianos y diáconos (Efesios 4:11). En cuanto a los ancianos, se hace una distinción entre ancianos que enseñan y ancianos que gobiernan. Leemos acerca de esta distinción en Hechos 11:30 y 1 Timoteo 5:17. En cuanto a los diáconos, leemos que asistían a los pobres (1 Timoteo 3:8, 10, 12). Cuando Pablo escribe una carta a la congregación de Filipos, la dirige «a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos» (Filipenses 1:1).

Así, la iglesia llegó a ser, y llega a ser, visible en el mundo. Por lo tanto, hablamos de una iglesia visible y de una iglesia invisible. La iglesia visible es la que se manifiesta cuando las personas profesan el nombre de Jesucristo. Juntas constituyen la iglesia visible, que se hace visible cuando esta se congrega en sus edificios, forma una comunidad y ministra a cada uno. La iglesia invisible es el aspecto de la iglesia que solo Dios ve y conoce. Consiste en la obra oculta del Espíritu Santo en el corazón, por la cual las personas nacen de nuevo y creen en Cristo.

La iglesia visible, con sus oficios, el ministerio de la predicación y la enseñanza, y su cuidado de los necesitados, constituye la manifestación divinamente ordenada de la iglesia cristiana en el mundo. Las Escrituras llaman a la iglesia visible «columna y baluarte de la verdad» (1 Timoteo 3:15). La iglesia visible, manifestándose en la predicación de la Palabra de Dios, la administración de los sacramentos, la educación de los jóvenes, el cuidado de los necesitados, y la supervisión de la vida y doctrina de los creyentes, es el instrumento escogido por Dios para llevar a los pecadores al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo, así como para nutrir e instruir a los creyentes.

El dicho célebre de Juan Calvino, enteramente bíblico, es: «Quien tiene a Dios por Padre debe tener a la iglesia por madre». Así debemos pensar acerca de la iglesia. La obra redentora de Dios se hace visible en la iglesia. La iglesia se manifiesta en el mundo como una entidad que difiere radicalmente de los reinos de la tierra. Es una entidad espiritual, pues es una revelación del reino de Dios. Es, por tanto, un reino en medio de los reinos del mundo. Tiene a Jesús por su Señor y Rey y vive conforme a sus mandamientos. No tiene fronteras nacionales, ni razas ni lenguas.

Sigue la pregunta: ¿Qué relación hay entre ese reino espiritual y los poderes y reinos seculares y terrenales? Creo que es apropiado decir algo aquí acerca de la relación entre iglesia y estado. La Escritura nos muestra que ambos son de origen divino y tienen responsabilidades ordenadas por Dios. Al gobierno se le llama siervo de Dios: «Porque es servidor de Dios para tu bien» (Romanos 13:4). Dios, que gobierna el mundo como Rey, ha establecido gobiernos y potestades que gobiernan a los hombres en su nombre. Con ese fin, les ha investido de autoridad. Aunque las potestades y los gobiernos puedan pensar que derivan su poder de sí mismos, es Dios quien se

lo ha dado. Han sido investidos con ese poder para proteger lo bueno y castigar a los malhechores.

La iglesia es una institución divina y espiritual. Su existencia se origina en Dios. Jesús reina como Rey sobre la iglesia: «Yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte» (Salmo 2:6). Ella es la iglesia de Cristo, «edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2:20). Es llamada la esposa, el cuerpo, la novia y la iglesia de Cristo. La iglesia es la manifestación y revelación de la intervención redentora de Dios en un mundo caído. La iglesia es propiedad de Dios.

Dios reúne para sí, de un mundo humano caído, una iglesia escogida para vida eterna. Inició esta obra inmediatamente después de la caída del hombre, y continuará ocupándose de ella hasta el último día, el día del regreso de Jesús. Podemos, por lo tanto, considerar a la iglesia como compuesta por personas llamadas por Dios para ser su propiedad particular. La iglesia de Cristo es de origen divino y tiene un carácter espiritual.

La Escritura muestra que la iglesia y el estado tienen diferentes tareas. La iglesia es una sociedad o comunidad distinta de todas las demás estructuras de autoridad conocidas en la tierra. En obediencia a la voluntad de Cristo, los creyentes se unen con otros creyentes para constituir una congregación haciendo una profesión pública de su fe. La fe no permanece oculta en sus corazones, ni se limita a la sala de sus casas; más bien, se confiesa abiertamente y se practica por medio de una vida cristiana.

El llamamiento de la iglesia es dar testimonio de su fe en el mundo. Jesús dio a sus discípulos —y en ellos, a toda su iglesia— la comisión: «Me seréis testigos» (Hechos 1:8). En la arena del mundo, la iglesia testifica que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Ella testifica de su muerte y resurrección, y declara: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). La iglesia actúa en el mundo entre los hombres, para predicarles el evangelio y hacerlos discípulos de Cristo. Jesús mandó: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28:19–20). El estado no debe obstaculizar a la iglesia en esto, sino que su llamamiento es promover esta labor.

Además de la iglesia, hay otra sociedad en la tierra, diferente en naturaleza y carácter de la iglesia, a saber, el estado o gobierno civil. Ha sido instituido por Dios para defender la justicia, el orden y la disciplina en el mundo. La pregunta es: ¿cómo se relacionan estos dos poderes entre sí? ¿Están destinados a ayudarse mutuamente, o a estar en conflicto entre sí? La Escritura enseña que ambas sociedades han sido establecidas por Dios para cumplir su plan de salvación. El llamamiento de la iglesia es predicar el evangelio y promover el bienestar espiritual de los hombres. El estado promueve el bienestar físico de las personas, y su llamamiento es impedir que el mundo caiga en el caos, manteniendo la ley y el orden. Así, la iglesia será habilitada para cumplir su tarea en el mundo.

La iglesia y el estado representan dos reinos diferentes. Jesús dijo a Pilato: «Mi reino no es de este mundo» (Juan 18:36). Los antiguos escoceses dijeron al rey Carlos: «Hay dos reinos en Escocia. Está el reino de Escocia, del cual tú eres rey. Pero también está el reino de Dios, en el cual Cristo reina como Rey». Esto resultó en guerra y persecución. El estado o gobierno civil sí tiene el llamamiento de proteger a la iglesia, para que los cristianos puedan confesar libremente su fe. Sin embargo, el estado no tiene autoridad en la iglesia. A la inversa, aunque la iglesia no

tiene jurisdicción en el estado, no obstante, debe enseñar al estado. Debe exhortar al gobierno a gobernar conforme a las leyes de Dios. Debe orar por todos los niveles de gobierno y debe enseñar a los cristianos a honrar y a obedecer a su gobierno.

Sin embargo, siempre hay un límite en el alcance de la obediencia de la iglesia al gobierno. Si el estado exige desobediencia a Dios y acciones contrarias a sus mandamientos, el cristiano debe obedecer a Dios antes que al estado. Cuando las autoridades judías exigieron que los apóstoles dejaran de hablar de Jesús, Pedro rehusó obedecer, pues dijo: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5:29). En el pasado, y en algunos países hoy, esto ha llevado a la opresión de la iglesia cristiana e incluso a la persecución de los cristianos.

El Credo de los Apóstoles habla de «la comunión de los santos». El cristiano cree en la comunión de los santos. La palabra usada en el griego del Nuevo Testamento para la comunión de los cristianos es «κοινωνία (koinōnía)», que significa participar, ser partícipe. Expresa solidaridad. Una causa común une a los cristianos. La comunión de los santos es una unión arraigada en su unión con una persona, a saber, Jesucristo. El creyente está, ante todo, unido a Cristo y, en Cristo, unido a otros creyentes. Cristo está en el mismo centro de la comunión de los santos.

La fe de una persona es una fe que, antes que nada, lo une a Jesucristo. Sin embargo, también une al creyente con todos los demás creyentes. La redención que el creyente ha experimentado en Cristo no es una redención centrada en sí mismo. Es una redención que se desea compartir con otros. Los creyentes anhelan hablar, oír y cantar acerca de Cristo su Señor, y alabar a Dios con otros cristianos. El creyente no se aislará. Él o ella nunca será un cristiano solitario. El cristiano busca comunión y la encuentra con otros creyentes. El Espíritu Santo nos une con Cristo, pero también entre nosotros.

Los hijos de Dios en todo el mundo están unidos a Cristo con la misma fe, el mismo amor y la misma esperanza. Todos habrán escapado del mismo peligro y habrán sido salvados por Jesús del pecado, de la muerte y de la perdición. Todos han sido limpiados de sus pecados en la sangre de Jesús y esperan la salvación eterna de alma y cuerpo. También tienen la misma lucha con el pecado, el mundo y el diablo. Pelean la misma batalla con los remanentes del viejo hombre. ¡Tienen tanto que los une!

Cuando se reúnen, hablan, oran y cantan, así como escuchan la predicación de la Palabra de Dios y participan de la Cena del Señor, experimentan esta comunión espiritual. Es una comunión que no solo conduce a compartir la esperanza, la fe y el amor de cada uno, sino también a compartir el gozo y el dolor de cada uno. Pablo escribe: «Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran» (Romanos 12:15). Es una comunión que incluso impulsó a la joven congregación cristiana en Jerusalén a compartir sus bienes con los pobres: «Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común» (Hechos 4:32).

Las epístolas apostólicas amonestan continuamente a los cristianos a mantener la comunión unos con otros: «Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros en amor; solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4:1–3). La división entre cristianos es una grave acusación contra la iglesia. Contradice la oración de Jesús por la unidad: «Para que todos sean uno» (Juan 17:21). Eso es lo que Jesús oró. Sin embargo, no significa que debamos unirnos con creyentes que niegan las verdades

fundamentales del cristianismo. Pero sí significa que debemos buscar la unidad con todos los que profesan las doctrinas de la Biblia. A pesar de la triste división entre las diferentes denominaciones, seguimos creyendo en la comunión de los santos.

Si fuera posible reunir a todos los verdaderos creyentes del mundo en un solo lugar, y dejar que se hablen unos a otros de su esperanza, fe, amor y luchas, aun así se sentirían unidos, aunque nunca antes se hubieran visto ni conocido. En el cielo, esta comunión será plenamente realizada y experimentada. Por lo tanto, confesamos: «Creo en una santa iglesia católica, la comunión de los santos».

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el décimo artículo del Credo, en el cual confesamos: «el perdón de los pecados».